

I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile, 1985.

Adaptaciones a quebradas semiáridas en el norte chico: una visión arqueológico-histórica.

Gastan Castillo.

Cita:

Gastan Castillo (1985). *Adaptaciones a quebradas semiáridas en el norte chico: una visión arqueológico-histórica*. I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/i.congreso.chileno.de.antropologia/27>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ektb/F0c>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

ADAPTACIONES A QUEBRADAS SEMIARIDAS EN EL NORTE CHICO: UNA VISION ARQUEOLOGICO-HISTORICA

Gastón Castillo

I ETAPA PREHISPANICA

Si se toma como punto de partida la fecha más antigua obtenida en el alero de San Pedro Viejo Pichasca, habría que considerar que las quebradas del norte chico son parte de su historia poblacional desde hace unos 9.000 años. Y aún cuando el citado yacimiento se desarrolló en una quebrada tributaria al río Hurtado, hasta la fecha es la vinculación más directa entre los cazadores-recolectores del período Arcaico regional con los valles, puesto que no se conocen otros campamentos tan cercanos, o en el curso de los mismos ríos.

Movidos por una actividad esencialmente cazadora y recolectora, los primeros pobladores recorrieron las quebradas instalándose en campamentos dispersos, ya sea al aire libre o al amparo de abrigos rocosos que se supone, albergaban familias de unos cuantos miembros.

El asentamiento disperso es un requisito indispensable para conseguir el sustento diario en un ambiente donde los recursos se encuentran repartidos en un amplio territorio, dependiendo de la capacidad de movilización el éxito que se pudiera lograr en dicha empresa. En un paisaje abierto a las comunicaciones, cada quebrada sirve para transitar a donde sea preciso, más aún si eventuales escalas cuentan con el beneficio de vertientes, flores y fauna, para una población más bien reducida, donde no se ven mayores problemas en la relación hombre-recursos.

De su economía deriva la captura de lince, chinchillas, ciervos, guanacos, vicuñas y llamas, en especial el rubro de los camélidos, cuyos restos destacan entre los desechos alimenticios. De allí resulta el uso de lanas trenzadas y vellones, supuestamente al servicio de una textilera reducida.

La recolección incluye flora destinada para combustible, alimentación y elaboración de cestos -a veces recubiertos de barro- y esteras; identificándose la utilización de carbonillo, chasquilla, coliguillo, huanil, churque, copao y algarrobo. Según lo descubierto en San Pedro Viejo, la práctica de algunos cultivos se conoce desde hace unos 5 milenios a través de la siembra de maíz y poroto en las orillas del río Hurtado. El maíz se produce en las variedades Capio Chico Chileno, Negrito Chileno y Curagua, aunque parece una actividad restringida ya que no figura entre las funciones de los

restantes campamentos.

Las fuentes de complementación alimenticia provienen en buena medida de desplazamientos hacia el pacífico, donde existe una población estable y especializada en la explotación del mar, entablándose vinculaciones que teóricamente se concretaban bajo principios de intercambio recíprocos, puesto que para los habitantes del interior, el mar es un refuerzo continuo de alimentos y materias primas como las conchas para collares, cuchillos y otros. Lo normal es el consumo de cantidades moderadas por cada espacio ocupado, con la excepción de Quebrada El Encanto que más parece un asentamiento de orilla de playa, sugiriendo un acrecentamiento de los movimientos E.-W. en los momentos tardíos de la población, durante el siglo II de nuestra era.

Con orígenes que se suponen tan antiguos como la gente anterior, una segunda población se desplaza a la par por las quebradas, con el mismo tipo de economía y a veces ocupando los mismos recintos de los otros cazadores y, a pesar, que en conjunto parecen no conformar un número muy significativo de integrantes, más de una vez pueden haberse disputado los espacios productivos o, por lo menos, encontrado en sus correrías por los cotos de caza, con las consiguientes fricciones, suponiéndose que se trata de grupos antagónicos. Lo cierto es que para diferenciar entre uno y otro grupo, lo más típico es comparar sus puntas de proyectiles ya que en lo demás los parecidos sobran.

Identificada como el Complejo Cultural Cárcamo y con más de 25 sitios entre Combarbalá y Huasco, supera bastante el territorio ocupado por los otros cazadores; distribución que comprende las quebradas intermedias, algunos parajes cordilleranos y en menor número la costa, a pesar que también se depende de aportes del mar.

Los huesos de camélidos siguen predominando entre los desechos alimenticios, como asimismo la recolección obtiene máximo provecho de todo lo que sea útil de una planta. La mayor aridez de algunos lugares no es problema para seleccionar lo indispensable, según se aprecia en las tierras al sur de Vallenar donde copaos, tunillas y otros frutos por identificar componen la dieta de unos moradores de la cueva de El Salto que, entre otras cosas, alternan su alimentación con el consumo de porotos y calabazas, mariscos y, por supuesto, con la carne lograda por la cacería.

Confeccionan cestos de fibras vegetales, tienen un cierto conocimiento de la textilera (lanas trenzadas) y elaboran adornos pectorales de hueso, en tanto que en otros lugares se utilizan collares de piedra y hueso.

El hábito de vivir en las quebradas continúa por muchos años más, llegando a su momento cúlmine con el Complejo Cultural El Molle, debido a un proceso

de innovaciones tecnológicas que originan el uso de la cerámica, los metales, las pipas, tembetas y otros rasgos nuevos; transformaciones que tienen un carácter regional amplio, gracias a la combinación de factores locales y foráneos.

Esta vez, valles y quebradas concentran la mayor cantidad de población, con porcentajes similares en cuanto a yacimientos, pero los valles mantienen asentamientos de mayor envergadura.

En las quebradas, dichos sucesos están datados en el siglo cuarto de N.E., pero sus orígenes se remontan por lo menos al año 100 antes de Cristo, con un radio de acción que supera todo lo anterior, desde el valle de Copiapó al Choapa, pasando por los interfluvios, a menudo con campamentos instalados sobre los restos de los primeros cazadores.

Su economía es una combinación entre la caza, recolección, agricultura y posible ganadería, dependiendo del ambiente en que se viva y de sus recursos principales, el liderazgo que algunas de estas actividades pueden asumir en las tareas diarias. En lo que respecta a los interfluvios, la caza y recolección van a la vanguardia, hábito que se hereda de las viejas tradiciones cazadoras que han aportado, además, un conocimiento efectivo del medio, donde el sustento más seguro siguen siendo los camélidos en especial el guanaco y la vicuña, quienes aún perduran en algunos parajes más escondidos del norte chico.

Los vegetales silvestres mantienen buenos índices de popularidad, básicamente con el manejo de las mismas especies de antaño. Así como de los mismos tipos de productos cultivados, debido a una larga tradición que es muy conservadora en sus patrones económicos, tal como en la costa la recolección de mariscos no se altera con esta nueva población. No se aprecia un incremento considerable de la agricultura, ya que en las quebradas no hay espacios amplios ni cursos muy estables de agua que hagan confiable su práctica habitual, sino intermitente y de subsistencia; quedando los valles como la alternativa principal de los desarrollos agrícolas.

Un buen número de morteros en los sitios de quebradas, concentrando el mayor porcentaje regional, da la idea de una febril molienda de vegetales que, en primera instancia, pareciera relacionada con el procesamiento de variedades silvestres, sin descartar un papel más activo de la agricultura.

En las manifestaciones de arte rupestre, también muy populares en dicho territorio, los camélidos formando rebaños, montados, tirados por una cuerda o en medios de personajes míticos, son evidencias de una ganadería que en otros aspectos sigue poco definida, con restos de cordelería y unos cuantos torteros como una innovación tecnológica.

Concretamente no se conocen las minas más antiguas de la región, pero es otra opción valedera en las quebradas, donde el beneficio de minerales de cobre, oro y plata comienza con una metalurgia reducida que no va más allá de la elaboración de adornos corporales y muy rara vez algún artículo de uso doméstico (agujas). Varias minas redescubiertas por los españoles en el siglo XVIII (Capote, Camarones, Santa Catalina, El Zapallo, Los Veneros), fueron trabajadas en tiempos precolombinos y, en general, la minería regional ha descansado en las serranías como generadoras de riquezas, partiendo por las experiencias de los primitivos mineros.

Estos inician su momento de mayor productividad bordeando el siglo noveno de nuestra era, cuando se ha producido un nuevo cambio poblacional a través del Complejo Las Animas, que simboliza una suerte de revolución cultural que en muchos aspectos rompe sus lazos con un pasado bastante conservador, principalmente en sus fundamentos económicos, inaugurándose una etapa que luego da origen a la Cultura Diaguita. Con ello, en las quebradas se inicia un período de despoblamiento puesto que desde ahora priman los desarrollos en la costa y los valles (auge de la ganadería, agricultura, pesca).

La minería Animas aumenta en gran porcentaje con una metalurgia al servicio de objetos suntuarios y herramientas como anzuelos, pinzones, cinceles y otros, con el cobre en un primerísimo lugar, lejos de la plata.

La Cultura Diaguita reafirma su preferencia por estos ambientes, en torno a la pesca y recolección en la costa y a la agricultura en los valles, ramo que sorprende a los españoles por su alta productividad de maíz en el Valle de Copiapó. Cuando hay asentamientos en quebradas al norte de Elqui, más bien corresponden a los momentos de aculturación Incaica, orientados a la extracción de cobre, oro y plata, con varios reductos pircaados en sectores como Cachiyuyo y Almirante Latorre. Hecho que corresponde a la intención de retomar la explotación de las serranías en busca de seleccionados productos.

Grupos Diaguitas propiamente tal, tienden a instalarse en quebradas entre Limarí y Combarbalá, donde lo Inca es más escaso, a través de una quincena de sitios que se ubican en lugares más propicios por sus condiciones climáticas.

II ETAPA HISTORICA Y CONTEMPORANEA

Marcado el destino de los valles como los polos de desarrollo a partir del apogeo diaguita, los españoles se abocan a conocer y controlar los núcleos de población que estaban constituidos por pequeños grupos de habitaciones distanciadas, aunque con alguna cohesión, por lo que los conquistadores los designan pueblos (Meza Villalobos, N. 1951).

Para una población indígena con un grado mínimo de independencia por su reducción en encomiendas, el crecimiento sociocultural se ve anulado a tal nivel de tener que depender de otros para lograr cosas esenciales como el sustento diario y el vestuario (Meza Villalobos N. ob. cit.). De tal suerte que en esas condiciones no se cuenta con muchas posibilidades como para recuperar el antiguo señorío, aún con el paliativo que significó el término de las encomiendas en el siglo XVIII (1789).

Su reacomodo en pueblos, se aprecia como un acontecimiento siempre relacionado con el ámbito de los valles. Por ejemplo, el asiento de indios en El Molle, trasladados desde Marquesa la Alta (Elqui), aquellos instalados en Guamalata (Hurtado), los grupos llevados desde Limarí a Sotaquí, o la reducción de Huana (Río Grande) (Riveros M. 1790, en Pinto J. 1979; Iribarren J. 1970). Los asientos en pueblos diseñados por agrimensores españoles considera, por ejemplo, que los indios de Guamalata, una vez inventariados, quedan agrupados en seis predios de 100 varas anchas ubicadas en dos sitios de esa extensión a cada lado de la capilla, mientras que los de Sotaquí forman una población con 84 ranchos de totora (Iribarren J., ob. cit.; Peña, S. 1984).

Los 3.020 indígenas tributarios empadronados por un censo en 1769, repartidos entre Los Tambos, Marquesa Alta, Molle, Guamalata, Tuquí, Guana y Combarbalá (Iribarren, J. ob. cit.) sugieren un descenso demográfico irreversible, donde un dato anterior (Campino J. 1744), señala sólo 286 indios en las siete encomiendas de la jurisdicción de La Serena y sus valles, mientras que en 1813 para todo el norte chico se contabiliza algo más de 4.000 indígenas, sin considerar los mestizos.

Históricamente, en gran medida los interfluvios han figurado propiciando el desarrollo de asientos mineros, cuya relación con las haciendas de los valles fue una base importante de la economía regional. Debido a la mayor recurrencia de recursos hídricos, en los tiempos post colombinos las ocupaciones más tempranas se producen en territorios al sur del Elqui, comenzando por Andacollo que, como curato, mantiene el dominio de una vasta zona, y va obteniendo producción agrícola de sus tierras en el valle de Hurtado y recursos de la ganadería de los asentamientos hacia la costa (Caroca M. 1979; Pinto J. 1980).

En el transcurso del siglo XVI las tierras aledañas a los valles de Choapa y Limarí, aparecen dando otros impulsos a las ocupaciones de los interfluvios. Desde 1558 en adelante, lavaderos y asientos mineros como Chigualoco, concitan el interés de los españoles por solicitar mercedes de tierra fuera de los valles mismos. Combarbalá ya figura como paraje en 1559, cuando se comenta sobre las minas de quebradas entre Choapa y este punto (Santillan H. 1559; en Jara A. 1965). En 1579 se concede el estero de Conchalí para agricultura y ganadería y en 1576 las tierras de Pachingo (Estancia de Taibon) eran explotadas en actividades ganaderas (Villalobos S. 1983a).

En los primeros años del siglo XVII, una amplia franja que cubría por el sur, desde el Estero de Conchalí al río Choapa y desde la costa hasta Mincha, era utilizada con afanes agroganaderos (Villalobos S. ob. cit.)

La predilección por esta zona lleva a ocupar otros parajes inmediatos al Choapa por el norte, que en 1600 comprendían desde Mincha a Quebrada Totoral y desde la costa al cerro Llampangui, entre serranías, quebradas y sectores costeros cruzados por manantiales y esteros (La Canela, Llano Largo, Colihue). Tierras que luego sufren modificaciones (1616-1630), dando lugar a la Estancia La Canela, subdivisión que continúa en el siglo siguiente (1710-1750), generándose las estancias de Canela Baja y Alta (1739), comprometidas a su vez con el origen de varias comunidades actuales y de la Hacienda de Espíritu Santo (Cañon P. 1964).

Con el fin de instalar otros ganados, se aprovechan las tierras de El Teniente en la costa, y sectores al oeste de Punitaqui entre los años 1600 y 1613. En 1679, Punitaqui mismo figura como estancia, así como en 1654 funcionaba la de Pama, colindando con tierras en dirección al Choapa (Villalobos S. ob. cit.; Sayago C.M. 1973; Góngora M. 1970).

La necesidad por adoctrinar extiende el dominio de los curatos de valles hacia los interfluvios, como en 1648 donde la parroquia de San Antonio de Limarí en el Mar (Pachingo) depende de Sotaquí, cuando la población crece en razón a las estancias costeras como la de Tongoy, vecina por el norte (Iribarren J. 1970; García Xeres, Alfonso 1698-1699).

Pasando el Elqui, en 1697, unas serranías áridas a 60 kms. al NE. de La Serena pertenecen al Corregidor de Coquimbo don Lucas Arqueros (Asta-Buruaga F.S. 1899). Mientras que, aparentemente favorecidas por su cercanía al camino que conduce a Copiapó, asoman en 1600 la estancia Los Choros y en 1679 la de Chungungo. Así como los encomenderos del valle del Huasco emprenden tareas productivas en terrenos entre Sarco y Chañaral (1683), surgiendo el ejemplo de la Finca de Chañaral que rinde frutos desde 1670.

Las tierras altas del Huasco, comprendiendo cordillera y tramos que se extienden hacia el sur (cerca a quebrada de Los Choros) y hacia el norte (naciente del río Copiapó), producen en beneficio de otros vecinos huasquinos, en fechas como 1679, 1683 y 1696, controlando aguadas, pastos y minas (Morales J. 1981).

Lo mismo que parajes entre Huasco y Copiapó, cerca de la costa, con las mercedes otorgadas en Totoral (1621), Totoral-Jarilla-Cerro Cheneque (1683) y la estancia de Carrizal (1670). Las vegas y ojos de agua presentes en las quebradas de Totoral y Carrizal han propiciado la práctica de cultivos, alentando las solicitudes por conseguir parte en esos y otros terrenos, como

sucede con los jesuitas de Copiapó que en el siglo XVIII se hacen de algunas cuadras en Totoral (Morales J. ob. cit.; Risopatrón L. 1924; Sayago G. M. 1973).

La posibilidad de contar con pastos y aguas para el ganado, incluso hacen mirar hacia parajes costeros más alejados al norte de Copiapó como el trayecto Paposo-Miguel Díaz en 1679 y, un año antes, en quebradas interiores, la Finca de Chañaral es un pequeño vergel en medio del desierto, cuyas aguas han permitido un pastoreo que al menos hasta el siglo XIX se expresaba en movimientos por quebradas como la de Acerillos, encumbrándose hasta Agua de la Encantada, en la cordillera al norte de El Salvador (Sayago C.M. 1973; Gigoux E. 1927; San Román F. 1896).

El concepto de estancias ligadas a la ganadería va a la par con los primeros repartimientos de tierras, y en los valles preferentemente son instaladas lejos de los campos de cultivo para evitar los destrozos de los animales (Villalobos S. 1983b). Su mayor relación con los ríos se manifiesta por medio de estancias como Pueblo de Choapa, Choapa la Baja e Illapel, en el valle respectivo (1630, 1637, 1654), o Poya, Quilacán y Marquesa Baja (1667-1682) en el Elqui (Gongóra M. 1970; Caroca M. 1979). Más tarde figuran otras como Cutun (1722) y Gualliguayca (1757) y, en los ríos Guatulame y Hurtado, las de Rinconada y Pangue en 1722 (Sayago C.M. ob. cit.).

Las de la cordillera de Copiapó, inmensas al igual que aquellas de Huasco Alto, están dedicadas a la explotación de sus empastadas, ríos andinos y vertientes, como la estancia de Jorquera que en 1643 pertenece a la Iglesia, obteniendo ingresos por concepto de derecho de talaje para tropas de mulas. Rubro que varía en 1770, cuando los estancieros cordilleranos se dedican a la caza de la vicuña y a la comercialización de su fina lana (Sayago J. M. 1973).

El reemplazo de la ganadería autóctona por ovinos y caprinos, entre otras cosas se ve favorecida por el hecho de que los camélidos nunca llegaron a constituir una masa ganadera al estilo del norte grande, de modo que en muchos aspectos los animales introducidos vienen a llenar un vacío, independientemente de los problemas que históricamente se han arrastrado por su mal manejo.

Labranzas y crianzas son términos comunes en la colonia y los indígenas de Chile central multiplican sus ganados de carneros y cabras, puesto que en 1567 se entregan cifras de hasta 5.000 ovejas en poder de los indios encomendados por Rodrigo de Quiroga. Entre ello, se encuentra la preocupación por asegurar la multiplicación de esos ganados, según las ordenanzas de Santillan en 1559 (Villalobos S. 1983b).

Ante las cifras aludidas resulta interesante conocer qué sucede entretanto con los indios del Norte Chico, quienes más bien se perfilan como pastores al servicio de los encomenderos, que como crianceros independientes, si hay que atenerse al hecho que para 1650 se indica que los ganados de las comunidades indígenas de Coquimbo sólo sumaban 692 ovejas y algunos carneros (Góngora M. 1970).

Lo cierto es que entre los encomenderos del siglo XVII asoman cifras de 2.000, 4.000 o 13.000 cabras, destacando Cristóbal Fernández Pizarro, dueño de tierras en Huasco y Hurtado, que en 1635 es considerado el mayor proveedor de cecinas, grasa y cueros a Valdivia. También, en 1648, uno de los herederos de las tierras de Pachingo mantenía 500 yeguas, 1.000 ovejas y casi 2.000 cabras (Góngora M. ob. cit.; Villalobos S. 1983a). Y en el siglo XVIII se sacrificaban entre 16 a 20.000 cabras para obtener cordovanes (Corvera V. 1790).

Entretanto, no se ve muy claro cuál es el efecto que surte en el Norte Chico la prohibición para los españoles de instalar estancias en las tierras indígenas, o las instrucciones dirigidas a los administradores de los pueblos de indios sobre el manejo de los ganados, que en el siglo XVI consideraban recomendaciones para su multiplicación, aprovechamiento de su lana, cruzamiento, elaboración de quesos, parición, obtención de sebo, manteca, tocino, control en libros de registros y otros aspectos como la movilidad y elección de buenos pastos y aguas (García Oñez de Loyola M. 1593; en Jara A. 1965).

Con el tiempo, la tierra comienza a utilizarse bajo el régimen de las comunidades, que habrían surgido en el siglo XVII (Castro M. MS).

Estas comprometen la explotación de quebradas de interfluvios, ya que en los casos de asociación con los valles, la mayor parte de la superficie ocupada se extiende fuera de ellos. De hecho, las antiguas estancias de valles ya son parte de esta historia, al especializarse en el uso de laderas y cerros con empastadas marginales al curso de los ríos.

El origen de las comunidades se discute en el plano de las posibilidades que españoles e indígenas hayan tenido para agruparse en torno a la explotación común de ciertos territorios de secano (Barahona R. et. al. 1961; Castro M. MS). En lo que respecta al Norte Chico, la subyugación total del indígena al control hispano, hace más factible suponer que son éstos últimos quienes cuentan con las mayores ventajas para lograr éxito en nuevas empresas, considerando que los bienes de los naturales estaban cautelados por protectores y administradores (Góngora M. 1970). Sin desconocer la preocupación que desde el siglo XVI procura mantener los reductos indígenas libres de estancias españolas, los casos en que los encomenderos pudieron acomodar a sus indios en tierras más pobres, sacándolos de las superficies regadas, o el papel que el término de las encomiendas pudo haber jugado en

las finales del siglo XVIII, al adquirir los naturales una cierta independencia.

El escenario para la propiedad común de la tierra se viene preparando desde los orígenes de la Colonia en las ordenanzas de 1541 o 1556 para que todos los pastos, montes y aguas sean aprovechados compartidamente entre los vecinos, donde las mercedes de asientos y estancias llevan la cláusula de no conferir posesión, sino sólo el derecho a pastoreo y a construir corrales de unas dos cuadras (Villalobos S. 1983b; Brucher M.E. 1962).

Más adelante se retoma el tema, pues queda por revisar los asentamientos de las quebradas durante el siglo XVIII. Para empezar, se remarca un ir y venir de los asientos mineros y entre 1763 y 1792 funcionaban en el asiento de Andacollo varias minas de oro y una de azogue (Majada de Cabritos) (Corvera V. 1792; Pineda B. 1790, en Haenke T. 1942). De la diputación de La Serena dependían otras tantas repartidas entre la costa, zonas intermedias y cordillera. El oro se obtenía de Talca (1748), La Flamenca, Quebrada Honda (1785), Cerro Gallardo (1792) y Santa Gracia (1786). La plata, de los Chingoles (1787) y Cerro las Gualtatas. Y el cobre de los cerros de La Laja y Tamaya (1792). Dependiendo de los valles (Elqui, Hurtado, Rapel) para beneficiar sus minerales en los trapiches (Corvera V. ob. cit.).

Rumbo al Huasco se conoce minas más antiguas como Camarones (1700, cobre-oro), San Juan (1750, oro), Drenillas (1753, cobre) y El Zapallo (1759, oro). De 1700 también data el mineral de oro de Capote y de fines de siglo Carrizal, entre Huasco y Copiapó. Fuera de los abundantísimos datos sobre labores en torno a este último valle, para un siglo cuyo signo es el auge minero (Morales J. 1981; Risopatrón L. 1924; Sayago J. M. 1973).

En general, se estima que para el siglo XVIII las familias de las áreas rurales eran reducidas (Pinto J. 1981). Al respecto, debido a la persistencia minera, donde era común dejar el azadón por el combo y la barreta, los archivos respectivos, las fuentes parroquiales como Andacollo, Pachingo y Combarbalá mismo y los inventarios levantados sobre pueblos de indios al término de las encomiendas, deben aportar bastante información sobre los movimientos demográficos de las quebradas. Lo mismo que cabe preguntarse si entre el 90% de los bautizados entre 1667 y 1682 en el curato de Elqui, que no registren lugar de procedencia, habría gente oriunda de otras partes, dada la vastedad de los territorios que comúnmente cubrían las doctrinas (Caroca S. 1979).

Como en los primeros tiempos, la dispersión de los asentamientos es el rasgo típico de los caseríos. En Punitaqui la población vive en apartados ranchos, aprovechando las posibilidades de criar ganado caprino y a menudo aficionándose a la agricultura, a pesar del mejor salario en las minas (Lastarria M. J. 1789; en Pinto, J. 1980).

Junto a estas últimas, florece la ganadería caprina de acuerdo a las necesidades de charqui, cueros para capachos y costales para transportar los minerales, odres para el agua, cordovanes para las amarras, sebo para velas y, en ocasiones, estiércol seco de cabra utilizado para ahumar vasijas de greda (Punitaqui). Con ello, se genera una industria que al finalizar la colonia ocupa a unas cinco mil personas (Lastarria M. J. ob. cit.; Pinto, J. 1983).

Sin embargo, el movimiento principal continúa en las estancias con ganado mayor y menor junto a las aguadas o manantiales. Para el siglo XVIII se conocen las de Cerrillos de Pan de Azúcar, Lagunillas y Talca (Coquimbo y Limarí) de propiedad de la Marquesa de Piedra Blanca, la estancia de Quiles, al sur de Punitaqui, perteneciente a los jesuitas de La Serena en 1755, y otras avecindadas por el sur y norte a la misma ciudad, cuando se prevenía a los pastores costeros que en caso de ataque de los piratas se resguardaran en las serranías inmediatas como Cruz de Caña, Majada Blanca y Cerro Grande (Tomás Shee 1793, en Concha M. 1979).

Figuran también otras tierras como Tambillos y Maitencillo, testamentadas en 1722 por la Marquesa de Piedra Blanca en favor de los jesuitas. Mientras que en 1778, lugares entre Tongoy y Choapa como el Tangué, Camarones, Peñablanca y Canela albergaban a españoles, indios y mulatos (Balbontín P. 1778).

Peñablanca, Canela y otras tierras con antecedentes más antiguos, por ejemplo Los Choros, Punitaqui o El Teniente, en la actualidad se ocupan bajo el régimen de Comunidades Agrícolas que, entre paréntesis, lo agrícola ya no calza mucho con aquellas ubicadas en terrenos más empobrecidos como al norte del Elqui, donde las lluvias no dan abasto para siembras de secano.

La revisión de algunos antecedentes sobre estos territorios, ilustra sobre posibles cauces del surgimiento de comunidades distantes de los valles y en áreas donde la concesión de mercedes de tierra es una historia menor.

En Los Choros la población data del siglo XVII, y la combinación minera-agrícola genera un punto bien abastecido y poblado, perdiendo parte de su importancia cuando en el siglo XIX queda marginado de la antigua ruta que conducía al norte. Manteniéndose una población que ha oscilado entre 186 habitantes en 1875, 211 en 1899, 100 en 1961 y 450 en 1977, entre comuneros y no comuneros (Zúñiga J. 1985 Ms; Asta-Buruaga 1899; Iribarren J. 1961 Ms; Castro R. et. al. 1977).

Quebrada Honda supuestamente desciende de los minerales que datan del siglo XVIII y de las posesiones con pequeños huertos y ganado caprino que a fines del siglo XIX permiten una población de 280 habitantes (Domeyko I. 1978; As

ta-Buruaga F.S. ob. cit.). El mineral de cobre de La Higuera, descubierto en 1840 y transformado en una aldea con 2.296 almas en 1899 Asta-Buruaga ob. cit.), seguramente influye en el desarrollo de Los Choros y Quebrada Honda, tanto por las posibilidades de captación de mano de obra, como por la salida de productos de ganadería y chacarería. La misma gestación más reciente de un núcleo pescador en Caleta Hornos, crea otras posibilidades para Quebrada Honda en los tiempos contemporáneos.

La comunidad de El Chacay cuenta con antecedentes sobre un caserío que en el siglo XIX estaba formado por unos 90 habitantes y algunas minas de cobre. Más pequeña que las anteriores y cercana a La Serena por el norte, parece mantenerse en la actualidad del ganado caprino y de las vecinas minas de fierro de El Romeral, trabajadas desde la década del 50.

Olla de Caldera, abarca un enorme terreno que de norte a sur casi une la quebrada de Los Choros con el valle de Elqui, a lo largo del ahora poco activo ramal norte del ferrocarril de La Serena. Los antecedentes históricos de su origen están ligados con el carácter minero del área, desde los tiempos de la posesión de Lucas Arqueros en 1697, y de las minas de oro de la quebrada de Santa Graciela en 1786, pasando por los minerales de plata de Arqueros, Rodeito, Quitana y Condoriaco, y de cobre en Gualcuna y Cerro Salapcr, trabajados durante el siglo XIX, con 790 habitantes en Arqueros, 240 en Rodeito y 200 en Gualcuna (Corvera V. 1792; Asta-Buruaga F. S. 1899).

En las postrimerías del siglo pasado, dichos lugares se cubrían de majadas, cultivos de trigo, cebada, alfalfa o maíz en pequeñas chacras, así como las higueras ocupan un lugar destacado entre las preferencias de los mineros. En general, la crianza de cabras constituye un ramo principal después de la minería, a quien sigue surtiendo de odres y sebo para velas. Negocio rentable para todos los ranchos que manejan un ganado proclive a multiplicarse rápidamente, poco exigente en cuanto a alimentación y bastante independiente como para no depender más de lo necesario del pastor, quien a su vez ha descansado demasiado en la autosuficiencia del animal, sin hacer grandes esfuerzos por mejorar el ganado. La piel para cordovanes, recipientes en que transportar el vino, sacos o bolsas para el oro y la plata, son otras utilidades del referido comercio, además del consabido uso de la carne, leche y quesos (Chouteau E. 1887; Domeyko I. 1978; Gay C. 1847; Mellet J. 1959).

Los 200 comuneros vigentes en Olla de Caldera en 1977, representan seguramente un descenso demográfico, luego que en la década del 70 expiró el tráfico mayor por medio del ferrocarril, junto al cual se habían generado poblados a partir de las estaciones de Almirante Latorre, Gualcuna y Piritas. Combinados con las tantas posesiones en los alrededores, cultivando pequeños predios, o algunos más extensos, si se lograba controlar el agua en represas que aprovechaban la angostura de alguna quebrada.

Condoriaco, que en 1887 albergaba a unas 1.000 (Chouteau E. ob. cit.), hoy está reducido a una minería de pirquineros y a majadas en los alrededores del antiguo poblado. La posesión de la Mariposa, mantiene sus movimientos a las veranadas (Casablanca, El Calvario), instalándose casi todo el grupo familiar entre noviembre y abril, y una vez que bajan se dedican al cultivo de maíz con agua de vertiente, comercializan el queso y los cueros -contando con un vehículo para su transporte- y acuden a la fiesta religiosa de El Durazno (interior de Gualcuna), que por años ha congregado a los dispersos comuneros.

A propósito de movimientos estacionales, con el tiempo han menguado los traslados de ganado hacia la cordillera, si se recuerda que a principios de siglo numerosas empastadas del lado argentino eran propiedad de hacendados de Elqui, Ovalle, Mialqui, Combarbalá y Santiago (Risopatrón L. 1902).

En el pastoreo libre o comunitario, lo clásico de los movimientos es la combinación de campamentos entreveranadas e internadas, comúnmente con largos desplazamientos entre uno y otro punto. Fuera de quienes se conforman con esperar tranquilamente el tiempo de la próxima veranada, muchos ni siquiera se mueven más allá de los campos inmediatos a la majada, en especial si son ganados reducidos, mientras que otros presentan alternativas como las siguientes.

Una familia de pastores con campamento estable en la quebrada de Los Tambos, al interior de Condoriaco, durante el verano realiza un viaje de un día para instalarse en el borde de la cordillera, donde aprovecha los pastos tiernos y realiza cultivos de subsistencia.

Otros grupos de valles no van a la cordillera misma, sino que se instalan con sus cabras en unas vegas altas en la cumbre de cerros vecinos a Horcón-Alcohuaz (Elqui), en Cerro negro y altos de la quebrada El Chañar (Hurtado).

Algunos realizan movimientos a lo largo de los valles, como lo hace la gente de Quebrada de Paihuano y Monte Grande (Elqui), que luego de las veranadas bajan hacia la costa (Llanos de Siciliano), principalmente con ovejas para luego iniciar un retorno con escalas en Las Rojas, El Molle u otros puntos -las ovejas pastando en los potreros y las cabras en los cerros- mientras se hace la pausa necesaria para arribar al lugar de origen y una vez más emprender el ascenso a la cordillera.

Todos los veranos, una familia del valle de Hurtado se instala en su posesión de Quebradita, cerca de la cordillera, pastoreando cabras y sembrando maíz, poroto y alfalfa que, entre paréntesis, utiliza a la cabra para su trilla. En invierno permanecen en su campamento de Tabaqueros, en el curso

inferior del río, moviéndose si es necesario a quebradas como El Pangue o Corral Quemado en busca de pastos.

Provenientes de las cercanías del Cerro Tololo, tradicionalmente bajan rebaños de ovejas a los campos de El Perico y El Manzano (Comunidad Cuesta El Manzano), así como entre El Peñón y Tambillos pernoctan pastores que han descendido de Guanta, Varillar y otros puntos de la hoya hidrográfica del Elqui, con el afán de aprovechar los pastos de invierno de las serranías costeras.

Es algo común presenciar la improvisada instalación de alguna majada, así como también no percibir su repentina desaparición, yendo a parar quizás a qué parte, como el caso de un pastor que obligado por la falta de agua para sus cabras, en 1979 se había trasladado desde El Chacay a una vertiente en Cuesta Las Cardas y, al cabo de un cierto tiempo, el lugar volvía a quedar abandonado.

Movimientos N-S o viceversa, registrados para la costa entre La Serena y Huasco en el siglo pasado (Zúñiga J. 1985 Ms). Similares arreos entre fundos costeros al sur de Tongoy, en los albores del presente siglo (Munizaga J. 1972), movimientos de ganado mayor y menor desde el valle de Copiapó a los llanos de La Travesía (Porcile C. 1957), y otras correrías por las más áridas quebradas de Atacama, son otras variantes que enfrentan las contingencias de un medio difícil. Situación que se extrema en los tiempos de sequía, pero que sin embargo es soslayada por una población que mantiene un interés encomiable por persistir junto al terruño, con la única esperanza de un año bueno para el ganado, y en medio de un paisaje sumamente deteriorado, donde el ojo inexperto desecharía toda posibilidad de lograr éxito.

BIBLIOGRAFIA

Asta-Buruaga, Francisco S.:

1899 **Diccionario geográfico de la República de Chile.** Segunda Edición, Santiago.

Balbontín, Pedro:

1778 **Cuadro resumen del padrón de La Serena.** Fondos varios, volumen 450, (Documentos manuscritos, archivo Museo de La Serena).

Barahona, Rafael et al:

1961 **Valle de Putaendo.** Estudio de estructura agraria. U. de Chile, Santiago.

Brucher, M. Eugenia:

1982 **Estudio socio-económico de la comunidad agrícola de Caleu** (Provincia de Santiago). Tesis para optar al título de ingeniero agrónomo. U. de Chile, Santiago.

Campino, José F.:

1981 **Relación del obispado de Santiago.** Editorial Universitaria. Serie escritores coloniales de Chile.

Cañón, Patricia:

1964 **Las comunidades agrícolas de la provincia de Coquimbo frente a una reforma agraria: el caso de Mincha.** Tesis para optar al título de ingeniero agrónomo. U. de Chile. Santiago.

Caroca, Mario:

1979 **Panorama de la población de bautizos y apellidos en el territorio de la doctrina de Elqui entre 1667 y 1682.** U. de Chile, sede La Serena, Depto. de Ciencias Sociales.

Castro, Milka M.S.:

Desertification and poverty: Agropastoral communities of Chile's arid lands.

Castro, Rubén et al:

1977 **Estudio de las comunidades agrícolas de la IV Región: Catastro.** Corfo - Iren. Publicación 20, Santiago.

Concha, Manuel:

1979 **Crónica de La Serena.** Segunda Edición. Biblioteca Chilena Regional. Nº 1 U. de Chile, La Serena.

Corvera, Víctor:

1790 **Descripción de Coquimbo.** Manuscrito. Archivo de La Serena.

Chouteau, Eugenio:

1887 **Informe sobre la provincia de Coquimbo presentado al Supremo Go-**

bierno. Imprenta Nacional, Santiago.

Domeyko, Ignacio:

1978 **Mis viajes.** Ediciones de la U. de Chile, Tomo I. Santiago.

García Xerez, Alfonso:

1698-1699 **Matricula de indios de la ciudad de La Serena del reyno de Chile.**
Capitanía general. Volumen 565,5 fojas (Archivo Museo de La Serena).

Gay, Claudio:

1847 **Historia física y política de Chile.** Zoología Tomo I, Imprenta de Maulde
y Renou, París.

Gigoux, Enrique E.:

1927 **Notas, observaciones y recuerdos de los indígenas de Atacama.** Re-
vista Universitaria, U. Católica XII, Nº 8, Santiago.

Góngora, Mario:

1970 **Estancieros y encomenderos: Estudios acerca de la constitución
social aristocrática de Chile después de la conquista 1580-1880.**
U. de Chile, Sede Valparaíso, Area de Humanidades, Depto de Historia, Santiago.

Haenke, Tahaddaeus:

1942 **Descripción del Reyno de Chile.** Edit. Nascimento, Santiago.

Iribarren, Jorge:

1961 **Informe sobre exploraciones arqueológicas en Los Choros y alrede-
dores: abril de 1961.** Archivo Museo de La Serena.

Iribarren, Jorge:

1970 **Valle del río Hurtado. Arqueología y antecedentes históricos.**
Ediciones del Museo Arqueológico de La Serena.

Jara, Alvaro:

1965 **Fuentes para la historia del trabajo en el Reino de Chile.** U. de
Chile. Centro de Investigaciones de Historia de América, Santiago.

Mellet, Julián:

1959 **Viajes por el interior de la América Meridional. 1808-1820.**
Edit. del Pacífico, Santiago.

Meza Villalobos, Néstor:

1951 **Política indígena en los orígenes de la sociedad chilena.** Edito-
rial Universitaria, Santiago.

Morales, Joaquín:

1981 **Historia del Huasco.** Segunda Edición, U. de Chile, La Serena, Biblioteca
Chilena Regional.

Munizaga, Juan:

1972 **La sequía y su impacto en las poblaciones humanas de las provin-**

cias de Coquimbo y Atacama: Un enfoque ecológico. MOP. Dirección General de Aguas de Chile.

Pefía, Sergio:

1984 **El niño Dios de Sotaquí: Historia y tradición.** Tesis para optar al título de profesor de Historia y Geografía. U. de La Serena, Fac. Humanidades, Depto. de Ciencias Sociales.

Pinto, Jorge:

1979 **Dos informes relativos al partido de Coquimbo, 1790-1792.** U. de Chile, La Serena, Depto de Ciencias Sociales.

1980a **La población del Norte Chico en el siglo XVIII. Crecimiento y distribución en una región minero-agrícola de Chile.** Talleres Gráficos U. del Norte, Coquimbo.

1980b **Informe de Miguel José de Lastarria sobre los trabajos de las minas de azogue de Punitaqui 1789.** U. de Chile, La Serena, Depto de Ciencias Sociales.

1981 **Dos estudios de la población chilena en el siglo XVIII: Distribución, crecimiento regional y tamaño de la familia.** Imprenta Imoffgraf, La Serena.

1983 **La Serena colonial.** Ediciones Universitarias de Valparaíso. U. Católica de Valparaíso.

Porcile, Carlos:

1957 **Ganadería.** Seminario de problemas regionales de Atacama, Ediciones de la U. de Chile, Santiago.

Risopatrón, Luis:

1902 **La cordillera de Los Andes entre las latitudes 30° 41' y 35° 5'.** Imprenta Cervantes, Santiago.

1924 **Diccionario geográfico de Chile.** Imprenta Universitaria, Santiago.

San Roman, Francisco:

1896 **Desierto y Cordilleras de Atacama.** Tomo I, Imprenta Nacional, Santiago.

Sayago, Carlos María:

1973 **Historia de Copiapó.** Edit. Fco. de Aguirre, Santiago.

Villalobos, Sergio:

1983a **Ocupación de tierras marginales en el Norte Chico: Un proceso temprano.** Cuadernos de Historia Nº 3 U. de Chile, Santiago.

1983b **Historia del pueblo chileno.** Tomo II, Edit. Zig-Zag, Santiago.

Zúñiga, Jorge:

1985 M.S. Evolución de los géneros de vida de un sector costero del Norte
Chileno semi-árido. U. de La Serena, Depto. de Ciencias Sociales.